UNE ✦ SACRA

Apócrifos

José y Asenet

✦ ✦ ✦

Anónimo (traducción inglesa de E. W. Brooks)

Traducción (edición 1.1)

Créditos

Autor	Anónimo (traducción inglesa de E. W. Brooks)
Fecha	siglos I a. C. a II d. C.
Idioma original	Griego antiguo
Versión	Traducción (edición 1.1)
Traducción	Traducción popular, a partir de la versión inglesa de E. W. Brooks
Fuente	Internet Archive — Joseph and Asenath, by E. W. Brooks
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Novela judía escrita en griego, probablemente en Egipto, entre el siglo I a. C. y el siglo II d. C. Responde a una pregunta que el Génesis deja abierta: ¿cómo pudo José, hijo de Jacob, casarse con Asenet, hija de un sacerdote egipcio (Génesis 41,45)?

Asenet es una joven bella y orgullosa que desprecia a todos sus pretendientes. Cuando ve a José se enamora, pero él la rechaza porque adora ídolos.

Ella se encierra en la torre, tira a los dioses, ayuna siete días y se arrepiente. Un hombre del cielo viene a verla, le da un misterioso panal de miel y le cambia el nombre. Se casa con José y tiene a Manasés y Efraín.

En la segunda parte, el hijo del Faraón, celoso, conspira con algunos hermanos de José para raptarla y matarlo; los otros hermanos la defienden.

Traducción inglesa de E. W. Brooks (1918).

Fuente: https://archive.org/details/joseph-and-asenath

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

CAPÍTULO 1

✦

1 En el primer año de abundancia, en el segundo mes, el quinto día del mes, el faraón envió a José a recorrer toda la tierra de Egipto; y en el cuarto mes del primer año, el día dieciocho del mes, José llegó a los límites de Heliópolis, y recogía el grano de aquella región como la arena del mar.

1.2 Había en aquella ciudad cierto hombre llamado Pentefrés, sacerdote de Heliópolis y sátrapa del faraón, jefe de todos los sátrapas y príncipes del faraón. Aquel hombre era muy rico, muy sabio y amable, y también consejero del faraón, pues era más prudente que todos los príncipes del faraón.

1.3 Tenía una hija virgen llamada Asenat, de dieciocho años, alta y esbelta, y de una belleza que superaba con mucho a la de cualquier virgen sobre la tierra.

2 Asenat no se parecía a las vírgenes, hijas de los egipcios, sino que en todo era como las hijas de los hebreos: alta como Sara, esbelta como Rebeca y hermosa como Raquel. La fama de su belleza se extendió por toda aquella tierra y hasta los confines del mundo.

2.2 Por eso todos los hijos de los príncipes y de los sátrapas deseaban cortejarla, y también los hijos de los reyes, todos jóvenes y poderosos. Por causa de ella había gran rivalidad entre ellos, y llegaron a intentar luchar unos contra otros.

2.3 El hijo primogénito del faraón también oyó hablar de ella, y siguió rogando a su padre que se la diera por esposa, diciéndole: «Padre, dame por esposa a Asenat, la hija de Pentefrés, el principal hombre de Heliópolis».

3 Su padre, el faraón, le dijo: «¿Por qué buscas para ti una esposa inferior, si eres rey de toda esta tierra? Mira, la hija de Joacim, el rey de Moab, está prometida a ti; ella misma es una reina y de una belleza extraordinaria. Tómala por esposa».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 2

✦

1 Pero Asenat despreciaba y desdeñaba a todos los hombres; era orgullosa y altiva, y ningún hombre la había visto, pues Pentefrés tenía en su casa una torre muy grande y alta, anexa a la vivienda, y encima de la torre había un piso con diez habitaciones. La primera habitación era grande, muy hermosa y pavimentada con piedras púrpuras; sus paredes estaban revestidas de piedras preciosas de muchos colores, y el techo de aquella habitación era de oro. Dentro de aquella habitación

2 había fijadas innumerables estatuas de los dioses egipcios, hechas de oro y plata, y Asenat las adoraba y temía, y les ofrecía sacrificios todos los días. La segunda habitación contenía todos los adornos y cofres de Asenat; había allí oro, mucha plata, ropa tejida con oro en abundancia, piedras selectas y muy valiosas, finas prendas de lino, y todos los adornos propios de su virginidad.

2.2 La tercera habitación era el almacén de Asenat y contenía todos los productos buenos de la tierra. Las siete habitaciones restantes las ocupaban las siete vírgenes que atendían a Asenat, una en cada habitación, pues tenían la misma edad y habían nacido la misma noche que Asenat, quien las quería mucho.

2.3 También eran extraordinariamente hermosas, como las estrellas del cielo, y ningún hombre ni niño había hablado con ellas.

3 La gran habitación de Asenat, donde se guardaba su virginidad, tenía tres ventanas. La primera era muy grande y daba al patio, hacia el este; la segunda miraba hacia el sur y la tercera daba a la calle. En la habitación ha-

bía una cama de oro, orientada hacia el este, cubierta con telas púrpuras entretejidas con oro; la cama estaba hecha con telas escarlatas y carmesíes y con lino fino. Solo Asenat dormía en aquella cama, y ningún hombre ni ninguna otra mujer se había sentado en ella.

4 La casa también tenía alrededor un gran patio, rodeado por una muralla muy alta, construida con grandes piedras rectangulares. El patio tenía cuatro puertas revestidas de hierro, cada una custodiada por dieciocho jóvenes fuertes y armados. A lo largo de la muralla había plantados hermosos árboles de toda clase, todos cargados de frutos maduros, pues era la época de la cosecha.

4.2 En el lado derecho del patio brotaba también una fuente abundante; debajo de ella había una gran cisterna que recogía sus aguas, de donde salía, por así decirlo, un río que atravesaba el patio y regaba todos sus árboles.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 3

✦

1 Y sucedió que, en el primer año de los siete años de abundancia, en el cuarto mes, el día veintiocho del mes, José llegó a los límites de Heliópolis para recoger el grano de aquella región.

1.2 Cuando José se acercó a la ciudad, envió por delante a doce hombres a Pentefrés, el sacerdote de Heliópolis, con este mensaje: «Hoy iré a visitarte, pues es la hora del mediodía y de la comida, hace mucho calor y quiero refrescarme bajo el techo de tu casa». Al oír esto, Pentefrés se alegró muchísimo y dijo: «Bendito sea el Señor, Dios de José, porque mi señor

2 José me ha considerado digno de recibirlo». Pentefrés llamó al encargado de su casa y le dijo: «Apresúrate a preparar mi casa y alista un gran banquete, porque hoy viene a nosotros José, el poderoso de Dios». Cuando Asenat oyó que su padre y su madre habían regresado de la propiedad de su herencia, se alegró mucho y dijo: «Iré a ver a mi padre y a mi madre, porque han vuelto de la propiedad de nuestra herencia» (pues era la época de la cosecha).

3 Asenat se apresuró a ir a la habitación donde guardaba sus vestidos y se puso un fino vestido de lino, hecho de tela carmesí entretejida con oro. Se ciñó un cinturón de oro y se puso brazaletes en las manos. En los pies se puso zapatos de oro y alrededor del cuello se colgó un adorno muy valioso, con piedras preciosas engastadas por todos lados.

3.2 En las piedras y los brazaletes estaban grabados por todas partes los nombres de los dioses egipcios. También se puso una tiara en la cabeza, se ciñó una diadema en las sienes y se cubrió la cabeza con un manto.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 4

✦

1 Entonces se apresuró a bajar las escaleras desde el piso superior y fue adonde estaban su padre y su madre, y los besó. Pentefrés y su esposa se alegraron muchísimo por su hija Asenat, pues la veían adornada y engalanada como la novia de Dios. Sacaron todos los buenos productos que habían traído de la propiedad de su herencia y se los dieron a su hija.

1.2 Asenat se alegró con todos aquellos productos: las frutas del final del verano, las uvas, los dátiles, las palomas, las moras y los higos, pues todos eran hermosos y agradables al paladar. Pentefrés le dijo a su hija Asenat: «Hija». Ella respondió: «Aquí estoy, señor». Él le dijo: «Siéntate entre nosotros y te hablaré». «Mira,

2 hoy viene a nosotros José, el poderoso de Dios, y este hombre gobierna toda la tierra de Egipto. El rey faraón lo nombró gobernante y rey de toda nuestra tierra. Él mismo da grano a todo este país y lo salva de la hambruna que se aproxima.

2.2 José es un hombre que adora a Dios, sensato y virgen, como tú lo eres hoy; es un hombre poderoso en sabiduría y conocimiento, el espíritu de Dios está sobre él y la gracia del Señor está en él. Ven, hija querida, te daré por esposa a él; serás su novia, y él mismo será tu novio para siempre».

2.3 Cuando Asenat oyó estas palabras de su padre, el sudor le cubrió el rostro; se enfureció mucho, miró de reojo a su padre y le dijo: «¿Por qué, padre mío,

3 dices esas cosas? ¿Quieres entregarme como cautiva a un extranjero, fugitivo y vendido como esclavo? ¿Acaso no es hijo de un pastor de la tierra de Canaán? ¿Y no lo abandonó su amo? ¿No es él quien se acostó con su señora y cuyo amo lo arrojó a una prisión oscura?

3.2 El faraón lo sacó de la prisión porque interpretó su sueño, como también lo interpretan las ancianas egipcias. ¡No! Me casaré con el hijo primogénito del rey, porque él mismo es rey de toda la tierra». Al oír estas cosas, Pentefrés se avergonzó y no volvió a hablarle a su hija Asenat de José, pues ella le había respondido con orgullo e ira.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 5

✦

1 Entonces entró corriendo un joven servidor de Pentefrés y le dijo: «¡José está ante las puertas de nuestro patio!». Al oír estas palabras, Asenat huyó de la presencia de su padre y de su madre, subió al piso superior, entró en su habitación y se quedó junto a la gran ventana que miraba al este, para ver a José llegar a la casa de su padre.

1.2 Pentefrés, su esposa, todos sus parientes y sus servidores salieron a recibir a José. Cuando abrieron las puertas del patio que daban al este, José entró sentado en el segundo carro del faraón. Lo tiraban cuatro caballos blancos como la nieve, con frenos de oro, y el carro estaba hecho completamente de oro puro.

2 José vestía una túnica blanca y fina, y llevaba encima un manto púrpura de lino fino entretejido con oro. Tenía en la cabeza una corona de oro; alrededor de ella había doce piedras selectas, y encima de las piedras, doce rayos de oro. En la mano derecha llevaba un cetro real con una rama de olivo extendida, llena de frutos.

2.2 Cuando José entró en el patio y cerraron sus puertas, todos los hombres y mujeres extranjeros se quedaron fuera, pues los guardias de las puertas las cerraron. Pentefrés, su esposa y todos sus parientes, excepto su hija Asenat, se acercaron y se postraron ante José, con el rostro en tierra. José bajó de su carro y los saludó con la mano.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 6

✦

1 Al ver a José, Asenat sintió una punzada en el alma y el corazón se le encogió; le temblaron las rodillas y todo el cuerpo le tembló. Sintió gran temor, gimió y dijo en su corazón: «¡Ay de mí,

2 desdichada! ¿Adónde iré ahora, miserable de mí? ¿Dónde podré esconderme de su presencia? ¿Cómo podrá José, el hijo de Dios, verme, si yo he dicho cosas malas de él? ¡Ay de mí, desdichada! ¿Adónde iré y dónde me esconderé, si él mismo ve todos los escondites y lo sabe todo, y nada oculto se le escapa, por la gran luz que hay en él?

2.2 Que el Dios de José tenga misericordia de mí, pues por ignorancia he dicho cosas malvadas contra él. ¿Qué haré ahora, miserable de mí? ¿No dije: "José viene, el hijo del pastor de la tierra de Canaán"? Ahora ha venido a nosotros en su carro, como el sol del cielo, y hoy entró en nuestra casa y la ilumina como la luz sobre la tierra».

3 Pero soy insensata y atrevida, porque lo desprecié, dije cosas malas de él y no sabía que José es hijo de Dios. ¿Quién entre los hombres engendrará jamás a alguien de tanta belleza? ¿Qué vientre de mujer dará a luz semejante luz? ¡Desdichada e insensata de mí, que he dicho cosas malas a mi padre! Ahora, pues, que mi padre me entregue a José como criada y esclava; quedaré a su servicio para siempre».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 7

✦

1 Y José entró en la casa de Pentephres y se sentó en una silla. Le lavaron los pies y pusieron una mesa aparte delante de él, pues José no comía con los egipcios, ya que eso le resultaba abominable. José alzó la mirada y vio a Asenath asomándose, y dijo a Pentephres: «¿Quién es esa mujer que está de pie en el piso alto, junto a la ventana? Que se vaya de esta casa». Pues José tuvo miedo y pensó: «No sea que ella también me moleste».

2 Todas las esposas e hijas de los príncipes y los sátrapas de todo el país de Egipto solían molestarlo para acostarse con él; y también muchas esposas e hijas de los egipcios, todas las que veían a José, se sentían afligidas por su belleza.

2.2 Los enviados que las mujeres le mandaban con oro, plata y regalos preciosos, José los despedía con amenazas e insultos, diciendo: «No pecaré ante el Señor Dios ni ante mi padre Israel». Porque José siempre tenía a Dios delante de sus ojos y recordaba en todo momento las instrucciones de su padre.

2.3 Jacob hablaba con frecuencia y aconsejaba a su hijo José y a todos sus hijos: «Cuídense bien, hijos, de una mujer extranjera, para no tener trato con ella, pues relacionarse con ella lleva a la ruina y la destrucción». Por eso José dijo: «Que esa mujer se vaya de esta casa».

3 Y Pentephres le dijo: «Mi señor, esa mujer que has visto de pie en el piso alto no es una extraña, sino nuestra hija, una que odia

4 a todo hombre; ningún otro hombre la ha visto jamás, solo tú hoy. Si lo deseas, señor, ella puede venir a hablar contigo, pues nuestra hija es como tu hermana». José se alegró con gran alegría, porque Pentephres había dicho: «Es virgen y odia a todo hombre». Y José dijo a Pentephres y a su esposa: «Si ella es su hija y es virgen, que venga, pues es mi hermana, y desde hoy la amo como a mi hermana».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 8

✦

1 Entonces su madre subió al piso alto y llevó a Asenath ante José. Pentephres le dijo: «Besa a tu hermano, porque él también es virgen hoy, igual que tú, y odia a toda mujer extranjera, igual que tú odias a todo hombre extraño». Y Asenath dijo a José: «Salve, señor, bendito del Dios Altísimo». José le dijo: «Que Dios, que da vida a todas las cosas, te bendiga, muchacha». Entonces Pentephres dijo a su hija Asenath: «Ven y besa a tu hermano».

2 Cuando Asenath se acercó para besar a José, él extendió su mano derecha y la puso sobre el pecho de ella, entre sus dos senos (pues sus senos ya sobresalían como hermosas manzanas), y José dijo: «No es apropiado que un hombre que adora a Dios, que bendice con su boca al Dios vivo, come el pan bendito de la vida, bebe la copa bendita de la inmortalidad y es ungido con el aceite bendito de la incorruptibilidad, bese a una mujer extranjera, que con su boca bendice a ídolos muertos y sordos, come de su mesa el pan de la estrangulación, bebe de su libación la copa del engaño y es ungida con el aceite de la destrucción. El hombre que adora a Dios besará a su madre, a la hermana nacida de su madre, a la hermana nacida de su tribu y a la esposa que comparte su lecho, pues ellas bendicen con su boca al Dios vivo».

3 Del mismo modo, tampoco es apropiado que una mujer que adora a Dios bese a un hombre extraño, pues eso es abominable ante el Señor Dios». Cuando Asenath oyó estas palabras de José, se afligió mucho y gimió; y,

mientras miraba fijamente a José con los ojos abiertos, se le llenaron de lágrimas. Cuando José la vio llorar, se compadeció mucho de ella, pues era manso y misericordioso y temía al Señor.

4 Entonces levantó su mano derecha sobre la cabeza de ella y dijo: «Señor Dios de mi padre Israel, Dios Altísimo y poderoso, que das vida a todas las cosas y llamas de las tinieblas a la luz, del error a la verdad y de la muerte a la vida, bendice también a esta virgen, dale vida y renuévala con tu Espíritu Santo. Que coma el pan de tu vida y beba la copa de tu bendición. Cuéntala entre tu pueblo, al que elegiste antes de que todo fuera creado, y permite que entre

5 en el descanso que preparas para tus elegidos, y que viva para siempre en tu vida eterna».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 9

✦

1 Asenath se alegró muchísimo por la bendición de José. Luego se apresuró a subir sola a su piso alto y cayó enferma sobre su cama, pues sentía alegría, tristeza y gran temor. Un sudor continuo la cubrió cuando oyó estas palabras de José y cuando él le habló en nombre del Dios Altísimo.

1.2 Entonces lloró con gran amargura, se arrepintió de sus dioses, a los que solía adorar, y despreció los ídolos, mientras esperaba que llegara la tarde. José comió y bebió; luego ordenó a sus servidores que engancharan los caballos a sus carros y recorrieran todo el país. Pentephres dijo a José: «Que mi señor se quede aquí hoy, y mañana por la mañana seguirá su camino».

2 José dijo: «No, me iré hoy, pues este es el día en que Dios empezó a hacer todas las cosas que creó, y el octavo día volveré a visitarlos y me alojaré aquí».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 10

✦

1 Cuando José salió de la casa, Pentephres y todos sus parientes también se fueron a su propiedad. Asenath quedó sola con las siete vírgenes, abatida y llorando hasta que se puso el sol. No comió pan ni bebió agua; mientras todos dormían, ella sola permaneció despierta y llorando, y se golpeaba el pecho con la mano una y otra vez.

1.2 Después de esto, Asenath se levantó de la cama, bajó en silencio las escaleras del piso alto y, al llegar a la entrada, encontró a la portera dormida con sus hijos. Se apresuró a quitar de la puerta la cubierta de cuero de la cortina, la llenó de cenizas, la subió al piso alto y la puso en el suelo.

1.3 Luego cerró bien la puerta y la aseguró desde dentro con la tranca de hierro, y gimió profundamente, llorando mucho y con gran amargura.

2 La virgen a quien Asenath amaba más que a todas las demás oyó sus gemidos. Se apresuró a ir a la puerta, después de despertar también a las otras vírgenes, y la encontró cerrada. Al oír los gemidos y el llanto de Asenath, le dijo desde afuera: «¿Qué te pasa, señora mía? ¿Por qué estás triste? ¿Qué te aflige? Ábrenos y déjanos verte».

2.2 Asenath, encerrada adentro, le respondió: «Me ha atacado un dolor de cabeza muy fuerte y estoy descansando en mi cama. No puedo levantarme y abrirles, pues tengo todos los miembros débiles. Vayan cada una a su habitación a dormir y déjenme tranquila».

3 Cuando las vírgenes se fueron, cada una a su habitación, Asenath se levantó y abrió en silencio la puerta de su dormitorio. Fue a otra habitación donde estaban los cofres de sus adornos, abrió su cofre y sacó una túnica

negra y sombría, que se había puesto y con la que había llorado cuando murió su hermano mayor.

3.2 Luego llevó esa túnica a su habitación, volvió a cerrar bien la puerta y echó la tranca desde dentro. Entonces Asenath se quitó su vestido real y se puso la túnica de duelo; se desató el cinturón de oro y se ciñó una cuerda. Se quitó de la cabeza la tiara, es decir, la mitra, y también la diadema. Las cadenas de sus manos y de sus pies quedaron asimismo en el suelo.

4 Luego tomó su vestido más fino, el cinturón de oro, la mitra y la diadema, y los arrojó por la ventana que daba al norte, para los pobres. Después tomó todos los dioses que había en su habitación, los dioses de oro y de plata, que eran incontables, los rompió en pedazos y los arrojó por la ventana a los pobres y a los mendigos.

4.2 También tomó la comida real de la cena, los animales engordados, el pescado, la carne de ternera y todos los sacrificios de sus dioses, junto con los recipientes del vino de libación, y los arrojó todos por la ventana que daba al norte, como alimento para los perros. 2 Después de esto, tomó la cubierta de cuero que contenía las cenizas y las volcó en el suelo.

4.3 Luego tomó tela de saco y se la ciñó a la cintura; también se soltó la red que recogía el cabello de su cabeza y se echó cenizas sobre ella.

5 Esparció también cenizas por el suelo, se tendió sobre ellas y se golpeó el pecho sin cesar con las manos, llorando y gimiendo toda la noche hasta la mañana. Cuando Asenath se levantó por la mañana y vio que las cenizas

que tenía debajo se habían vuelto como barro por sus lágrimas, cayó de nuevo de bruces sobre las cenizas hasta que se puso el sol. Así lo hizo durante siete días, sin probar absolutamente nada.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 11

✦

1 Al octavo día, cuando amaneció y ya cantaban los pájaros y ladraban los perros a los transeúntes, Asenath levantó un poco la cabeza del suelo y de las cenizas donde estaba sentada, pues estaba sumamente agotada y la gran humillación le había quitado las fuerzas de los miembros. Asenath estaba cansada y débil, y sus fuerzas se agotaban. Entonces se volvió hacia la pared, sentada bajo la ventana que daba al este, y apoyó la cabeza

2 sobre el pecho, entrelazando los dedos de las manos sobre la rodilla derecha. Tenía la boca cerrada y no la abrió durante los siete días y las siete noches de su humillación.

2.2 En su corazón, sin abrir la boca, dijo: «¿Qué haré yo, la insignificante, o adónde iré? ¿Dónde encontraré refugio de ahora en adelante? ¿A quién hablaré, yo, una virgen huérfana, desamparada, abandonada por todos y odiada? Ahora todos han llegado a odiarme, incluso mi padre y mi madre, porque desprecié con repugnancia a los dioses, acabé con ellos y se los di a los pobres para que los destruyeran. Mi padre y mi madre dijeron: "Asenath no es nuestra hija". También todos mis parientes han llegado a odiarme, y todos los hombres, porque entregué sus dioses a la destrucción».

3 He odiado a todos los hombres y a todos los que me cortejaban, y ahora, en esta humillación, todos me odian y se alegran de mi aflicción. Pero el Señor y Dios del poderoso José odia a todos los que adoran ídolos, pues es un Dios celoso y, según he oído, terrible contra todos los que adoran dioses extraños.

3.2 Por eso también me ha odiado a mí, porque adoré a ídolos muertos y sordos y los bendije. Pero ahora he renunciado a sus sacrificios, mi boca se ha apartado de su mesa y no me atrevo a invocar al Señor Dios del cielo, el Altísimo y poderoso Dios del poderoso José, pues mi boca está contaminada por los sacrificios de los ídolos».

4 Pero he oído a muchos decir que el Dios de los hebreos es un Dios verdadero y vivo, misericordioso, compasivo y paciente, lleno de misericordia y bondadoso; que no toma en cuenta el pecado de quien es humilde, especialmente si peca por ignorancia, ni acusa de maldad a quien sufre en tiempo de aflicción.

4.2 Por eso yo también, aunque humilde, tendré valor, me volveré a él, buscaré refugio en él, le confesaré todos mis pecados y le presentaré mi súplica, y él tendrá misericordia de mi desgracia. ¿Quién sabe si verá esta humillación mía y la desolación de mi alma, se compadecerá de mí, verá también mi desamparo y mi miserable virginidad, y me protegerá?

4.3 Porque, según he oído, él es padre de los huérfanos, consuelo de los afligidos y ayuda de los perseguidos».

5 De todos modos, yo también, aunque humilde, tendré valor y clamaré a él». Entonces Asenath se levantó junto a la pared donde estaba sentada, se arrodilló mirando al este, dirigió los ojos al cielo, abrió la boca y dijo a Dios:

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 12

✦

1 La oración y confesión de Asenat: «Señor Dios de los justos, que creas las edades y das vida a todas las cosas, que diste el aliento de vida a toda tu creación, que sacaste a la luz las cosas invisibles, que hiciste todas las cosas y manifestaste las que no aparecían, que alzas el cielo y fundaste la tierra sobre las aguas, que fijaste las grandes piedras sobre el abismo del agua, que no serán sumergidas, sino que hasta el fin hacen tu voluntad, porque tú, Señor, dijiste la palabra y todas las cosas llegaron a existir, y tu palabra, Señor, es la vida de todas tus criaturas; a ti acudo en busca de refugio, Señor, Dios mío. Desde ahora clamaré a ti, Señor, y te confesaré mis pecados; a ti elevaré mi súplica, Soberano, y te revelaré mis iniquidades.»

2 Ten piedad de mí, Señor, ten piedad, porque cometí muchos pecados contra ti; obré con maldad e impiedad, dije cosas que no debían decirse, cosas perversas ante tus ojos. Señor, mi boca se ha contaminado con los sacrificios a los ídolos de los egipcios y con la mesa de sus dioses.

2.2 Pequé, Señor, pequé ante tus ojos; con conocimiento y sin él obré impíamente, pues adoré ídolos muertos y sordos. No soy digna de abrirte la boca, Señor, yo, la desdichada Asenat, hija del sacerdote Pentefrés, virgen y reina, que antes era orgullosa y altiva y prosperaba más que todos por las riquezas de mi padre, pero ahora soy huérfana, desamparada y abandonada por todos.

2.3 A ti acudo, Señor, y a ti te presento mi súplica, y a ti clamaré. Líbrame de quienes me persiguen.

3 Soberano, antes de que me apresen; pues, así como un niño, temiendo a alguien, huye hacia su padre y su madre, y su padre extiende las manos y lo estrecha contra su pecho, haz tú lo mismo. Señor, extiende sobre mí tus manos puras y temibles, como un padre que ama a su hijo, y arrebátame de la mano del enemigo sobrenatural. ¡Mira!

3.2 El león antiguo, salvaje y cruel me persigue, pues es padre de los dioses de los egipcios, y los dioses de los idólatras son sus hijos. He llegado a odiarlos y acabé con ellos, porque son hijos de un león; rechacé y destruí a todos los dioses de los egipcios. Y el león, o su padre, el diablo, enfurecido contra mí, intenta devorarme.

4 Pero tú, Señor, líbrame de sus manos y rescátame de su boca, para que no me despedace y me arroje a las llamas del fuego, y el fuego me arroje a la tormenta, y la tormenta me venza en la oscuridad y me arroje a las profundidades del mar, y la gran bestia que existe desde siempre me devore y yo perezca para siempre. Líbrame, Señor, antes de que todo esto me sobrevenga; líbrame, Soberano, a mí, desamparada e indefensa, porque mi padre y mi madre me rechazaron y dijeron: "Asenat no es nuestra hija", porque hice pedazos sus dioses y acabé

5 con ellos, pues los odié por completo. Ahora soy huérfana y desamparada, y no tengo otra esperanza sino tú, Señor, ni otro refugio sino tu misericordia, amigo de los hombres, porque solo tú eres padre de los huérfanos, defensor de los perseguidos y ayudador de los afligidos.

5.2 Ten piedad de mí, Señor, y mantenme pura y virgen, a mí, abandonada y huérfana, porque solo tú, Señor, eres un padre bondadoso, bueno y amable. ¿Qué padre es tan bondadoso y bueno como tú, Señor? ¡Mira! To-

das las casas que mi padre Pentefrés me dio en herencia son temporales y pasajeras; pero las casas de tu herencia, Señor, son incorruptibles y eternas.»

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 13

✦

1 «Atiende, Señor, a mi humillación, ten piedad de mi orfandad y compadécete de mí, que estoy afligida. ¡Mira! Yo, Soberano, huí de todos y busqué refugio en ti, el único amigo de los hombres. ¡Mira! Dejé todos los bienes de la tierra y busqué refugio en ti, Señor, vestida de saco y cubierta de ceniza, desnuda y sola. ¡Mira! Ahora me quito el manto real de lino fino y tela carmesí entretejida con oro, y me he puesto una túnica negra de luto. ¡Mira! Me quité el cinturón de oro, lo arrojé y me ceñí con una cuerda y tela de saco. ¡Mira! Arrojé de mi cabeza la diadema y la mitra, y me cubrí de ceniza. ¡Mira!

1.2 El suelo de mi habitación, que estaba pavimentado con piedras multicolores y púrpuras, antes humedecido con ungüentos y secado con paños de lino brillante, ahora está mojado con mis lágrimas y deshonrado porque está cubierto de ceniza.»

2 ¡Mira, Señor! De la ceniza y mis lágrimas se ha formado mucho barro en mi habitación, como en un camino ancho. ¡Mira, Señor! He dado a los perros mi cena real y las carnes. ¡Mira! También he ayunado, Soberano, siete días y siete noches; no comí pan ni bebí agua.

2.2 Mi boca está seca como una rueda, mi lengua como un cuerno y mis labios como un tiesto; mi rostro se ha demacrado y mis ojos se han agotado de derramar lágrimas. Pero tú, Señor, Dios mío, líbrame de mis muchas ignorancias y perdóname, pues, siendo virgen e inexperta, me extravié. ¡Mira!

2.3 Ahora he comprendido que todos los dioses que antes adoraba por ignorancia eran ídolos sordos y muertos; los hice pedazos y se los di a todos para que los pisotearan. Los ladrones saquearon los que eran de oro y plata. Y en ti busqué refugio, Señor Dios, único compasivo y amigo de los hombres.»

3 Perdóname, Señor, porque por ignorancia cometí muchos pecados contra ti y hablé con blasfemia contra mi señor José, sin saber, yo, desdichada, que él es tu hijo. Señor, cuando aquellos hombres malvados, movidos por la envidia, me dijeron: "José es hijo de un

4 pastor de la tierra de Canaán", yo, desdichada, les creí y me extravié; lo desprecié y hablé mal de él, sin saber que es tu hijo. Pues, ¿quién entre los hombres engendró o engendrará alguna vez tanta belleza? ¿O quién más es como él, sabio y poderoso como el hermosísimo José? Pero a ti, Señor, te lo encomiendo, porque yo lo amo más que a mi propia alma.

4.2 Protégelo con la sabiduría de tu gracia y entrégame a él como sirvienta y esclava, para que lave sus pies, prepare su cama, lo atienda y le sirva. Seré su esclava toda mi vida.»

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 14

✦

1 Cuando Asenat terminó de confesar sus pecados al Señor, ¡mira!, también se levantó del cielo, por el este, la estrella de la mañana. Asenat la vio, se alegró y dijo: «¿Acaso ha escuchado el Señor Dios mi oración? Pues esta estrella es mensajera y heraldo de la altura del gran día».

1.2 Y mira, junto a la estrella de la mañana, el cielo se abrió y apareció una luz grande e indescriptible. Al verla, Asenat cayó de bruces sobre la ceniza. Enseguida llegó a ella un hombre del cielo, que despedía rayos de luz, y se puso sobre su cabeza. Mientras ella yacía de bruces, el ángel divino le dijo: «Asenat, levántate».

1.3 Y ella dijo: «¿Quién me llamó, si la puerta de mi habitación está cerrada y la torre es alta? ¿Cómo, entonces, entró en mi habitación?». Él la llamó de nuevo por segunda vez, diciendo: «Asenat, Asenat».

2 Y ella dijo: «Aquí estoy, señor; dime quién eres». Él dijo: «Soy el capitán principal del Señor Dios y comandante de todo el ejército del Altísimo. Levántate y ponte de pie, para que te diga mis palabras».

2.2 Ella alzó el rostro y miró, y ¡mira!, vio a un hombre semejante en todo a José, con túnica, guirnalda y cetro real, excepto que su rostro era como un relámpago, sus ojos como la luz del sol, y los cabellos de su cabeza como la llama de una antorcha encendida. Sus manos y sus pies eran como hierro que resplandece en el fuego, y de sus manos y sus pies salían como chispas.

2.3 Al ver esto, Asenat tuvo miedo y cayó de bruces, incapaz siquiera de ponerse de pie, pues se llenó de temor y todos sus miembros temblaban.

3 Y el hombre le dijo: «Ten ánimo, Asenat, y no temas; levántate y ponte de pie, para que te diga mis palabras». Entonces Asenat se levantó y se puso de pie, y el ángel le dijo: «Ve sin impedimento a tu segunda habitación, quítate la túnica negra que llevas puesta y la tela de saco de tus caderas, sacude la ceniza de tu cabeza, lávate la cara y las manos con agua pura, ponte una túnica blanca, nueva, y ciñe tus caderas con el

4 brillante cinturón doble de la virginidad; luego vuelve a mí y te diré las palabras que el Señor te envía». Entonces Asenat se apresuró y fue a su segunda habitación, donde estaban los cofres con sus adornos.

4.2 Abrió su arca, tomó una túnica blanca, fina y nueva, se la puso después de quitarse la túnica negra, se quitó también la cuerda y la tela de saco de las caderas, y se ciñó con el brillante cinturón doble de su virginidad: uno alrededor de las caderas y otro alrededor del pecho.

4.3 También sacudió la ceniza de su cabeza, se lavó las manos y la cara con agua pura, tomó un manto muy hermoso y fino y se cubrió la cabeza.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 15

✦

1 Y entonces ella se acercó al capitán principal divino y se puso delante de él, y el ángel del Señor le dijo: «Quítate ahora el manto de la cabeza, pues hoy eres una virgen pura, y tu cabeza es como la de un joven». Y Asenat se lo quitó de la cabeza.

1.2 Y de nuevo el ángel divino le dijo: «Ten ánimo, Asenat, virgen pura, pues el Señor Dios ha oído todas las palabras de tu confesión y tu oración, y también ha visto la humillación y aflicción de los siete días de tu abstinencia, porque de tus lágrimas se ha formado mucho barro delante de tu rostro sobre estas cenizas.

2 Así pues, ten ánimo, Asenat, virgen pura, pues tu nombre ha sido escrito en el libro de la vida y nunca será borrado; desde este día serás renovada, transformada y vivificada, comerás el pan bendito de la vida, beberás una copa llena de inmortalidad y serás ungida con el óleo bendito de la incorruptibilidad. Ten ánimo, Asenat, virgen pura: el Señor Dios te ha dado hoy a José por esposo, y él mismo será tu esposo para siempre».

3 Y de ahora en adelante ya no te llamarás Asenat, sino que tu nombre será Ciudad de Refugio, porque en ti muchas naciones buscarán refugio y se alojarán bajo tus alas, y muchas naciones hallarán amparo por medio de ti; en tus murallas estarán protegidos quienes se aferren al Dios Altísimo mediante el arrepentimiento, porque el Arrepentimiento es hija del Altísimo, y ella misma ruega al Dios Altísimo por ti a cada hora y por todos los que se arrepienten, pues él es padre del Arrepentimiento.

3.2 Ella misma es quien guía y cuida a todas las vírgenes; las ama mucho y ruega al Altísimo por ustedes a cada hora. Y para todos los que se arrepienten, ella dispondrá un lugar de descanso en los cielos, y renovará a todo el que se haya arrepentido.

3.3 El Arrepentimiento es sumamente hermoso, una virgen pura, amable y bondadosa; por eso el Dios Altísimo la ama, y todos los ángeles la veneran, y yo

4 la amo mucho, pues ella también es mi hermana; y así como ella las ama a ustedes, vírgenes, yo también las amo. Y he aquí que ahora iré a José y le diré todas estas palabras acerca de ti; él vendrá hoy a ti, te verá, se alegrará por ti, te amará y será tu esposo, y tú serás su amada esposa para siempre.

4.2 Así que escúchame, Asenat, y ponte un vestido de bodas, el vestido antiguo y primero que desde hace mucho está guardado en tu habitación. Ponte también todos tus adornos más finos, y arréglate como una buena novia y prepárate para recibirlo, pues él mismo viene hoy a ti, te verá y se alegrará».

5 Y cuando el ángel del Señor, con forma de hombre, terminó de decirle estas palabras a Asenat, ella se alegró mucho por todo lo que él le había dicho, cayó de rostro en tierra y se inclinó ante sus pies, y le dijo: «Bendito sea el Señor tu Dios, que te envió para librarme de las tinieblas y sacarme de los cimientos mismos del abismo a la luz; bendito sea tu nombre para siempre. Si he hallado gracia ante tus ojos, señor mío, y sé que cumplirás todas las palabras que me has dicho, para que se hagan realidad, permite que tu sierva te hable». Y el ángel le dijo: «Habla».

6 Y ella dijo: «Te ruego, señor, que te sientes un rato en esta cama, porque está limpia y sin mancha: nunca se ha sentado en ella ningún otro hombre ni ninguna otra mujer. Pondré una mesa y pan delante de ti, y comerás; también te traeré vino añejo y bueno, cuyo aroma llegará hasta el cielo, y beberás de él; después seguirás tu camino». Y él le dijo: «Apresúrate y tráelo pronto».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 16

✦

1 Asenat se apresuró y puso delante de él una mesa vacía. Cuando se disponía a traer el pan, el ángel divino le dijo: «Tráeme también un panal». Ella se detuvo, desconcertada y afligida, porque no tenía ningún panal en su almacén. El ángel divino le dijo: «¿Por qué te detienes?».

1.2 Ella respondió: «Señor mío, enviaré a un muchacho a las afueras, pues cerca está la propiedad de nuestra herencia; él volverá enseguida con uno de allí, y lo pondré delante de ti». El ángel divino le dijo: «Entra en tu almacén y encontrarás un panal sobre la mesa; tómalo y tráelo aquí». Ella respondió: «Señor, no hay ningún panal en mi almacén». Y él dijo: «Ve, y lo encontrarás».

2 Asenat entró en su almacén y encontró un panal sobre la mesa. El panal era grande, blanco como la nieve y estaba lleno de miel; aquella miel era como el rocío del cielo, y su aroma

3 era como el aroma de la vida. Entonces Asenat se asombró y pensó: «¿Acaso este panal salió de la boca de este hombre?». Asenat tomó el panal, lo llevó y lo puso sobre la mesa. El ángel le dijo: «¿Por qué dijiste: "No hay miel en mi casa", si aquí me la has traído?». Ella respondió: «Señor, nunca he puesto un panal en mi casa, pero, tal como dijiste, apareció. ¿Salió de tu boca? Porque su aroma es como el de un perfume». El hombre sonrió ante la comprensión de la mujer.

4 Entonces la llamó hacia sí y, cuando ella se acercó, extendió su mano derecha y le tomó la cabeza. Al sacudirle la cabeza con la mano derecha, Asenat sintió gran temor de la mano del ángel, pues de sus manos salían chispas como de hierro al rojo vivo. Por eso, durante todo ese tiempo, miró la mano del ángel con gran temor y temblor.

5 Él sonrió y dijo: «Bendita eres, Asenat, porque se te han revelado los misterios inefables de Dios. Benditos todos los que se aferran al Señor Dios con arrepentimiento, porque comerán de este panal. Este panal es el espíritu de vida, y lo hicieron las abejas del paraíso de las delicias con el rocío de las rosas de vida que están en el paraíso de Dios y de cada flor. De él comen los ángeles, todos los elegidos de Dios y todos los hijos del Altísimo; quienquiera que coma de él no morirá jamás».

5.2 Entonces el ángel divino extendió su mano derecha, tomó un pequeño trozo del panal y lo comió. Luego, con su propia mano, puso en la boca de Asenat lo que quedaba y le dijo: «Come». Y ella comió.

6 El ángel le dijo: «Ahora has comido el pan de vida, has bebido la copa de inmortalidad y has sido ungida con el óleo de la incorruptibilidad. Hoy tu carne produce flores de vida de la fuente del Altísimo, y tus huesos engordarán como los cedros del paraíso de las delicias de Dios, y poderes incansables te sostendrán. Así, tu juventud no verá la vejez ni tu belleza se marchitará jamás; serás como una ciudad madre, amurallada y protectora de todos».

6.2 El ángel animó al panal, y de sus celdas surgieron muchas abejas; las celdas eran innumerables, decenas de millares de decenas de millares y millares de millares. Las abejas eran blancas como la nieve, y sus alas eran de

púrpura, carmesí y escarlata. Tenían aguijones afilados, pero no lastimaban a nadie.

7 Todas aquellas abejas rodearon a Asenat desde los pies hasta la cabeza. De las celdas surgieron otras abejas grandes, semejantes a sus reinas; volaron alrededor de su rostro y sus labios, y formaron un panal sobre su boca y sus labios, como el panal que estaba delante del ángel. Todas aquellas abejas comieron del panal que estaba sobre la boca de Asenat.

7.2 El ángel dijo a las abejas: «Vuelvan ahora a su lugar». Entonces todas las abejas se elevaron, volaron y se marcharon al cielo; pero todas las que quisieron hacer daño a Asenat cayeron al suelo y murieron. Y entonces

8 el ángel extendió su bastón sobre las abejas muertas y les dijo: «Levántense y vayan también ustedes a su lugar». Entonces todas las abejas muertas se levantaron y se marcharon al patio contiguo a la casa de Asenat, y se instalaron en los árboles frutales.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 17

✦

1 El ángel le dijo a Asenat: «¿Has visto esto?». Ella respondió: «Sí, señor mío, he visto todas estas cosas». El ángel divino le dijo: «Así serán todas mis palabras, y el lino fino entretejido con oro, y una corona de oro sobre la cabeza de cada una de ellas; tantas como te he dicho hoy».

1.2 Entonces el ángel del Señor extendió por tercera vez su mano derecha y tocó el costado del panal. Enseguida salió fuego de la mesa y devoró el panal, pero no dañó en absoluto la mesa.

1.3 Cuando el aroma intenso de la quema del panal llenó la habitación, Asenat le dijo al ángel divino: «Señor, tengo siete vírgenes que se criaron conmigo desde mi juventud y nacieron la misma noche que yo; ellas me sirven, y las quiero a todas como a mis hermanas. Las llamaré, y tú también las bendecirás, tal como me bendices a mí».

2 El ángel le dijo: «Llámelas». Entonces Asenat llamó a las siete vírgenes y las puso delante del ángel. El ángel les dijo: «El Señor Dios Altísimo las bendecirá, y serán columnas de refugio para siete ciudades; y todos los elegidos de esa ciudad que vivan juntos descansarán sobre ustedes para siempre».

2.2 Después de estas cosas, el ángel divino le dijo a Asenat: «Retira esta mesa». Cuando Asenat se volvió para retirar la mesa, él desapareció de su vista enseguida. Asenat vio como si un carro con cuatro caballos se dirigiera hacia el este, al cielo; el carro era como una llama de fuego y los caballos como relámpagos, y el ángel estaba de pie sobre el carro.

2.3 Entonces Asenat dijo: «¡Qué tonta e insensata soy yo, la humilde, por haber dicho que un hombre vino del cielo a mi habitación! No sabía que Dios había entrado en ella. Y ahora, he aquí que regresa al cielo, a su lugar».

3 Y pensó: «Ten misericordia de tu sierva, Señor, y perdona a tu sierva, porque, por mi parte, en mi ignorancia he hablado imprudentemente delante de ti».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 18

✦

1 Y, mientras Asenat todavía se decía estas palabras, ¡he aquí que llegó un joven, uno de los sirvientes de José, diciendo: «José, el poderoso hombre de Dios, viene a

2 verte hoy». Entonces Asenat llamó enseguida al administrador de su casa y le dijo: «Apresúrate, prepara mi casa y alista una buena cena, porque José, el poderoso hombre de Dios, viene hoy a nuestra casa».

2.2 Cuando el administrador de la casa la vio (pues su rostro se había demacrado por los siete días de aflicción, llanto y abstinencia), se entristeció y lloró; tomó su mano derecha, la besó con ternura y dijo: «¿Qué te pasa, señora, que tienes el rostro tan demacrado?». Ella respondió: «Me ha dolido mucho la cabeza y no he podido dormir». Entonces el administrador de la casa se fue y preparó la casa y la cena.

3 Asenat recordó las palabras del ángel y sus instrucciones, se apresuró y entró en su segunda habitación, donde estaban los cofres con sus adornos. Abrió su gran cofre, sacó su primer vestido, brillante como un relámpago, y se lo puso.

3.2 También se ciñó con un cinturón resplandeciente y regio, hecho de oro y piedras preciosas; se puso brazaletes de oro en las manos, botas de oro en los pies y un adorno precioso alrededor del cuello; se colocó una corona de oro en la cabeza.

3.3 En la parte delantera de la corona había una gran piedra de zafiro, y alrededor de la piedra grande, seis piedras muy valiosas; se cubrió la cabeza con un manto maravilloso.

3.4 Cuando Asenat recordó las palabras del administrador de su casa, que le había dicho que su rostro se había demacrado, se entristeció mucho, suspiró y dijo: «¡Ay de mí, que soy humilde, pues mi rostro está demacrado!

4 José me verá así y me despreciará». Luego dijo a su criada: «Tráeme agua pura de la fuente». Cuando ella la trajo, Asenat la vertió en la palangana y, al inclinarse para lavarse el rostro, vio que su propio rostro brillaba como el sol, sus ojos eran como la estrella de la mañana al salir, sus mejillas como una estrella del cielo y sus labios como rosas rojas.

4.2 Los cabellos de su cabeza eran como la vid que florece entre sus frutos en el paraíso de Dios, y su cuello como un ciprés de muchos colores. Al ver estas cosas, Asenat se maravilló del espectáculo y se alegró con gran alegría. No se lavó el rostro, pues dijo: «No sea que me quite esta gran y hermosa belleza».

5 Entonces volvió el administrador de su casa y le dijo: «Todo está hecho como ordenaste». Al verla, sintió gran temor y tembló durante mucho tiempo; cayó a sus pies y empezó a decir: «¿Qué es esto, señora mía? ¿Qué belleza grande y maravillosa te rodea? ¿Te ha elegido el Señor Dios del cielo como esposa para su hijo José?»

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 19

✦

1 Mientras todavía hablaban de estas cosas, llegó un muchacho y dijo a Asenat: «¡Mira! José está frente a las puertas de nuestro patio». Entonces Asenat se apresuró, bajó las escaleras desde su habitación alta con las siete vírgenes para encontrarse con José y se quedó en el pórtico de su casa.

1.2 Cuando José entró en el patio, cerraron las puertas y todos los extraños se quedaron afuera. Asenat salió del pórtico a recibir a José; al verla, él se maravilló de su belleza y le dijo: «¿Quién eres, muchacha? Dímelo pronto». Ella le respondió: «Yo, señor, soy tu sierva Asenat; he rechazado todos los ídolos y han perecido.

2 Hoy vino a mí del cielo un hombre y me dio pan de vida; yo comí y bebí una copa bendita. Él me dijo: "Te he dado como esposa a José, y él será tu esposo para siempre; ya no te llamarás Asenat, sino que te llamarán 'Ciudad de Refugio'. El Señor Dios reinará sobre muchas naciones, y por medio de ti buscarán refugio en Dios Altísimo". El hombre dijo también: "Iré a José para hablarle al oído estas palabras acerca de ti". Ahora sabes, señor, si ese hombre ha venido a ti y te ha hablado de mí».

3 Entonces José dijo a Asenat: «Bendita eres, mujer de Dios Altísimo, y bendito sea tu nombre para siempre, porque el Señor Dios ha puesto los cimientos de tus murallas, y los hijos del Dios viviente habitarán en tu ciudad de refugio, y el Señor Dios reinará sobre ellos para siempre. Hoy vino del cielo ese hombre a mí y me dijo estas palabras acerca de ti. Ahora ven aquí conmigo, virgen pura; ¿por qué te quedas lejos?».

3.2 Entonces José extendió las manos y abrazó a Asenat, y Asenat a José. Se besaron durante mucho tiempo, y ambos revivieron en su espíritu. José besó a Asenat y le dio el espíritu de vida; luego, por segunda vez, le dio el espíritu de sabiduría; y la tercera vez la besó con ternura y le dio el espíritu de verdad.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 20

✦

1 Después de abrazarse durante mucho tiempo y entrelazar las manos, Asenat dijo a José: «Ven aquí, señor, y entra en nuestra casa, pues he preparado la casa y una gran cena». Lo tomó de la mano derecha, lo condujo a su casa y lo sentó en la silla de su padre Penteferes. Luego trajo agua para lavarle los pies. José dijo: «Que venga una de las vírgenes a lavarme los pies». Asenat le respondió: «No, señor,

2 pues desde ahora tú eres mi señor y yo soy tu sierva. ¿Por qué quieres que otra virgen te lave los pies? Tus pies son mis pies, tus manos son mis manos y tu alma es mi alma; nadie más te lavará los pies». Ella insistió y le lavó los pies. Entonces José tomó su mano derecha, la besó con ternura, y Asenat besó con ternura su cabeza. Después él la sentó a su derecha.

2.2 Su padre, su madre y todos sus parientes regresaron de sus tierras heredadas, la vieron sentada con José y vestida con un traje de boda. Se maravillaron de su belleza, se alegraron y glorificaron a Dios, que da vida a los muertos.

3 Después de esto comieron y bebieron. Cuando todos estuvieron contentos, Penteferes dijo a José: «Mañana llamaré a todos los príncipes y sátrapas de todo el país de Egipto, y celebraré una boda para ustedes; tomarás a mi hija Asenat por esposa». Pero José dijo: «Mañana iré ante el rey Faraón,

pues él es mi padre y me nombró gobernante de todo este país. Hablaré con él acerca de Asenat, y él me la dará por esposa». Penteferes le dijo: «Ve en paz».

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 21

✦

1 José se quedó aquel día con Penteferes, pero no entró donde estaba Asenat, pues solía decir: «No es apropiado que un hombre que adora a Dios duerma con su esposa antes de casarse». José se levantó temprano y fue ante el faraón. Le dijo: «Dame por esposa a Asenat, hija de Penteferes, sacerdote de Heliópolis». El faraón se alegró mucho y dijo a José: «¿Acaso no ha sido prometida para ser tu esposa desde la eternidad? Que sea tu esposa desde ahora y para siempre».

2 Entonces el faraón mandó llamar a Penteferes. Penteferes llevó a Asenat y la presentó ante el faraón. Al verla, el faraón se maravilló de su belleza y dijo: «El Señor Dios de José te bendiga, hija, y que tu belleza permanezca para siempre, pues el Señor Dios de José te eligió como esposa para él. José es como el hijo del Altísimo, y desde ahora y para siempre serás llamada su esposa».

2.2 Después de esto, el faraón tomó a José y a Asenat y les puso en la cabeza coronas de oro que estaban en su casa desde tiempos antiguos. El faraón sentó a Asenat a la derecha de José, puso las manos sobre sus cabezas y dijo: «El Señor Dios Altísimo los bendiga, los multiplique, los engrandezca y los glorifique para siempre». Luego los hizo volverse el uno hacia el otro, acercó sus bocas y ellos se besaron.

3 Y

4 el faraón celebró la boda de José con un gran banquete y abundante bebida durante siete días. Reunió a todos los gobernantes de Egipto y a todos los reyes de las naciones, y proclamó por todo el país de Egipto: «Todo hombre que trabaje durante los siete días de la boda de José y Asenat morirá sin falta». Mientras se celebraba la boda, cuando terminó el banquete, José entró donde estaba Asenat. Ella concibió de José y dio a luz a Manasés y a su hermano Efraín en la casa de José.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 22

✦

1 Cuando pasaron los siete años de abundancia, empezaron los siete años de hambre. Al enterarse Jacob de que su hijo José estaba allí, fue a Egipto con todos sus parientes en el segundo año de hambre, en el segundo mes, el día veintiuno del mes, y se estableció en Gosén. Asenat dijo a José: «Iré a ver a tu padre, pues tu padre Israel es como mi padre y mi Dios».

1.2 José le dijo: «Irás conmigo a ver a mi padre». José y Asenat fueron a ver a Jacob en la tierra de Gosén. Los hermanos de José salieron a su encuentro y se postraron rostro en tierra ante ellos. Entonces ambos entraron donde estaba Jacob. Él estaba sentado en su lecho y era ya un anciano de vigorosa vejez.

2 Al verlo, Asenat se maravilló de su belleza, pues Jacob era muy hermoso de contemplar, y su vejez era como la juventud de un hombre apuesto. Toda su cabeza era blanca como la nieve, y los cabellos de su cabeza eran muy abundantes y tupidos.

2.2 Su barba era blanca y le llegaba al pecho; sus ojos eran alegres y brillantes, sus tendones, hombros y brazos eran como los de un ángel, y sus muslos, pantorrillas y pies como los de un gigante. Al verlo así, Asenat se maravilló, cayó al suelo y se postró rostro en tierra. Jacob dijo a José: «¿Es esta mi nuera, tu esposa? Que Dios Altísimo la bendiga».

2.3 Entonces Jacob llamó a Asenat, la bendijo y la besó con ternura. Asenat extendió las manos, rodeó con ellas el cuello de Jacob, se colgó de su cuello y lo besó con ternura. Después de esto comieron y bebieron.

3 Luego José y Asenat fueron a su casa. Solo Simeón y Leví, los hijos de Lea, los acompañaron; los hijos de Bilha y Zilpa, las siervas de Lea y Raquel, no se unieron a ellos, porque los envidiaban y los detestaban. Leví iba a la derecha de Asenat y Simeón a su izquierda. Asenat tomó la mano de Leví, pues lo amaba mucho más que a todos los hermanos de José, como profeta, adorador de Dios y hombre temeroso del Señor. Era un hombre sabio y profeta del Altísimo,

4 y él mismo vio letras escritas en el cielo, las leyó y se las reveló a Asenat en secreto, pues Leví también amaba mucho a Asenat y vio el lugar de su descanso en las alturas.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 23

✦

1 Y sucedió que, mientras José y Asenat pasaban de camino a donde estaba Jacob, el hijo primogénito del faraón los vio desde la muralla; y, al ver a Asenat, se enamoró perdidamente de ella por su extraordinaria belleza. Entonces el hijo del faraón envió mensajeros y llamó a Simeón y Leví.

1.2 Cuando llegaron y se presentaron ante él, el hijo primogénito del faraón les dijo: «Yo sé que hoy son hombres poderosos, más que todos los demás en la tierra, y que con estas manos suyas destruyeron la ciudad de los siquemitas, y con sus dos espadas abatieron a 30.000 guerreros.

2 Hoy los tomaré como compañeros y les daré mucho oro y plata, sirvientes y criadas, casas y grandes propiedades. Pónganse de mi lado y háganme este favor: mi hermano José me ha ofendido profundamente, pues tomó por esposa a Asenat, y esta mujer estaba prometida a mí desde hace mucho tiempo.

2.2 Ahora vengan conmigo; lucharé contra José para matarlo con mi espada, y tomaré a Asenat por esposa. Ustedes serán para mí como hermanos y amigos fieles. Pero, si no escuchan mis palabras, los mataré con mi espada». Al decir esto, sacó su espada y se la mostró.

2.3 Simeón era un hombre valiente y atrevido, y pensó en poner su mano derecha sobre la empuñadura de su espada, sacarla de la vaina y golpear al hijo del faraón, porque les había hablado con dureza.

3 Entonces Leví percibió lo que Simeón pensaba, porque era profeta, y pisó el pie derecho de Simeón y lo apretó, indicándole que contuviera su ira. Leví le dijo en voz baja a Simeón: «¿Por qué estás enojado con este

hombre? Somos hombres que adoramos a Dios, y no nos corresponde devolver mal por mal».

3.2 Luego Leví le dijo abiertamente al hijo del faraón, con amabilidad: «¿Por qué dice nuestro señor estas palabras? Somos hombres que adoramos a Dios, y nuestro padre es amigo del Dios Altísimo, y nuestro hermano es como un hijo de Dios. ¿Cómo podríamos hacer algo tan perverso y pecar ante nuestro Dios, ante nuestro padre Israel y ante nuestro hermano José? Escucha ahora mis palabras.

4 No corresponde que un hombre que adora a Dios perjudique a nadie de ninguna manera. Y, si alguien quiere perjudicar a un hombre que adora a Dios, ese hombre no se venga, pues no lleva espada en sus manos. Ten cuidado de no volver a hablar así de nuestro hermano José. Pero, si persistes

5 en tu malvado plan, ¡mira!, nuestras espadas están desenvainadas contra ti». Entonces Simeón y Leví sacaron sus espadas de las vainas y dijeron: «¿Ves ahora estas espadas? Con ellas el Señor castigó la ofensa de los siquemitas, pues ofendieron a los hijos de Israel por causa de nuestra hermana Dina, a quien Siquem, hijo de Hamor, deshonró».

5.2 Cuando el hijo del faraón vio las espadas desenvainadas, sintió mucho miedo y tembló de pies a cabeza, porque brillaban como una llama de fuego. Se le nubló la vista y cayó al suelo, a los pies de ellos. Entonces Leví extendió la mano derecha, lo levantó y le dijo: «Ponte de pie y no tengas miedo; solo ten cuidado de no volver a decir nada malo de nuestro hermano José». Después, Simeón y Leví se alejaron de su presencia.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 24

✦

1 El hijo del faraón siguió lleno de miedo y tristeza, pues temía a los hermanos de José. Además, estaba muy enamorado de la belleza de Asenat y se sentía profundamente afligido. Entonces sus sirvientes le susurraron al oído: «Mira, los hijos de Bilha y los hijos de Zilpa, las criadas de Lea y Raquel, esposas de Jacob, son muy hostiles a José y Asenat y los odian. Ellos harán todo lo que quieras».

1.2 En seguida, el hijo del faraón envió mensajeros a llamarlos. Ellos llegaron al anochecer y se presentaron ante él. Él les dijo: «He oído decir a muchos que son hombres poderosos». Dan y Gad, los hermanos mayores, le respondieron: «Que mi señor diga a sus sirvientes lo que desea, para que lo escuchemos y hagamos según su voluntad».

2 Entonces el hijo del faraón se alegró muchísimo y dijo a sus sirvientes: «Aléjense un momento, pues tengo que hablar en secreto con estos hombres». Todos se retiraron. Entonces el hijo del faraón mintió y les dijo: «Miren, ahora tienen delante la bendición y la muerte. Elijan la bendición y no la muerte, porque son hombres poderosos y no morirán como mujeres. Sean valientes y vénguense de sus enemigos. He oído que José, su hermano, le dijo al faraón, mi padre: “Dan, Gad, Neftalí y Aser no son mis hermanos, sino los hijos de las criadas de mi padre.

2.2 Por eso espero que mi padre muera para borrarlos de la tierra, junto con todos sus descendientes, y que no hereden con nosotros, porque son hijos de criadas”.

3 »Ellos también me vendieron a los ismaelitas, y yo les pagaré por el agravio que cometieron perversamente contra mí; solo falta que muera mi padre». Y mi padre, el faraón,

4 lo felicitó por esto y le dijo: «Bien dicho, hijo. Toma, pues, hombres poderosos de entre los míos y procede contra ellos según lo que te hicieron; yo te ayudaré». Cuando Dan y Gad oyeron estas palabras del hijo del faraón, se angustiaran mucho y se afligieron profundamente.

4.2 Le dijeron: «Te rogamos, señor, ayúdanos; desde ahora somos tus esclavos y servidores, y moriremos contigo». El hijo del faraón les respondió: «Los ayudaré si también ustedes escuchan mis palabras». Ellos le dijeron: «Ordénanos lo que quieras, y haremos según tu voluntad».

5 El hijo del faraón les dijo: «Esta noche mataré a mi padre, el faraón, porque él es como el padre de José y le dijo que los ayudaría contra ustedes. Ustedes maten a José, y yo tomaré a Asenat por esposa; serán mis hermanos y herederos conmigo de todas mis posesiones. Solo hagan esto». Dan y Gad le dijeron: «Hoy somos tus sirvientes y haremos todo lo que nos has ordenado. Saldremos de noche y nos esconderemos en el barranco, entre los juncos. Hemos oído a José decirle a Asenat: "Mañana ve a nuestra propiedad heredada, porque es época de la vendimia"; y él envió con ella a 600 hombres preparados para la guerra y a 50 exploradores.

5.2 Ahora escúchanos y le hablaremos a nuestro señor». Le contaron todas sus intrigas. Entonces el hijo del faraón les dio a los cuatro hermanos 500 hombres a cada uno y los nombró jefes y líderes.

6 Dan y Gad le dijeron: «Hoy somos tus sirvientes y haremos todo lo que nos has ordenado. Saldremos de noche, nos apostaremos en el barranco y nos esconderemos entre los juncos. Tú toma contigo a 50 arqueros monta-

dos y adelántate bastante. Asenat vendrá y caerá en nuestras manos. Mataremos a los hombres que la acompañan, y ella huirá en su carro y caerá en tus manos. Podrás hacer con ella lo que quieras. Después mataremos también a José, mientras llora por Asenat; y mataremos a sus hijos ante sus ojos».

6.2 Cuando el hijo primogénito del faraón oyó esto, se alegró muchísimo y los envió con 2.000 soldados.

7 Cuando llegaron al barranco, se escondieron entre los juncos y se dividieron en cuatro grupos. Se apostaron al otro lado del barranco, en la parte delantera: 500 hombres a cada lado del camino. También se quedó el resto en el lado cercano del barranco. Ellos mismos se apostaron entre los juncos: 500 hombres a cada lado del camino. Entre ellos había un camino ancho y espacioso.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 25

✦

1 Esa misma noche, el hijo del faraón se levantó y fue a la habitación de su padre para matarlo con la espada. Pero los guardias de su padre le impidieron entrar y le preguntaron: «¿Qué ordena, señor?». El hijo del faraón les dijo: «Quiero ver a mi padre, porque voy a recoger la cosecha de mi viña recién plantada».

1.2 Los guardias le respondieron: «Tu padre está sufriendo y pasó toda la noche despierto; ahora está descansando. Nos dijo que nadie entrara a verlo, ni siquiera su hijo primogénito». Al oír esto, él se fue furioso y enseguida tomó 50 arqueros montados y se adelantó, como Dan y Gad le habían dicho.

2 Entonces los hermanos menores, Neftalí y Aser, les dijeron a sus hermanos mayores, Dan y Gad: «¿Por qué vuelven a hacer el mal contra su padre Israel y contra su hermano José? Dios lo protege como a la niña de sus ojos. ¿Acaso no vendieron a José una vez? Hoy es rey de toda la tierra de Egipto y quien da alimento. Si ahora quieren volver a hacerle daño, él clamará al Altísimo, y Dios enviará fuego del cielo que los devorará; los ángeles de Dios pelearán contra ustedes».

2.2 Entonces los hermanos mayores se enfurecieron con ellos y dijeron: «¿Y vamos a morir como mujeres? ¡De ninguna manera!». Y salieron al encuentro de José y Asenat.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 26

✦

1 Por la mañana, Asenat se levantó y le dijo a José: «Voy a nuestra propiedad heredada, como dijiste; pero tengo mucho miedo porque voy a separarme de ti». José le respondió: «Anímate y no tengas miedo. Vete con alegría, sin temer a nadie, porque el Señor está contigo y él mismo te protegerá de todo mal como a la niña de sus ojos. Yo iré a repartir alimentos y se los daré a todos los hombres de la ciudad; nadie morirá de hambre en la tierra de Egipto». Entonces Asenat se fue de camino, y José partió a repartir alimentos.

2 Cuando Asenat llegó al barranco con los 600 hombres, súbitamente los que estaban con el hijo del faraón salieron de su escondite y atacaron a los que iban con Asenat. Los abatieron a todos con sus espadas y mataron a todos sus exploradores. Pero Asenat huyó en su carro. Entonces Leví, hijo de Lea, como era profeta, supo todo lo ocurrido y contó a sus hermanos que Asenat estaba en peligro. En seguida, cada uno tomó su espada, se la ciñó al muslo, tomó su escudo en los

3 brazos y la lanza en la mano derecha, y persiguieron a Asenat a toda prisa. Mientras Asenat huía, ¡mira!, el hijo del faraón se encontró con ella, acompañado de 50 jinetes. Al verlo, Asenat sintió un miedo terrible y temblaba; entonces invocó el nombre del Señor, su Dios.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 27

✦

1 Y Benjamín estaba sentado con ella en el carro, del lado derecho. Benjamín era un muchacho fuerte, de unos diecinueve años, de belleza inefable y con la fuerza de un cachorro de león; además, temía mucho a Dios. Entonces Benjamín saltó del carro, tomó una piedra redonda del barranco, la sostuvo en la mano y se la lanzó al hijo del faraón.

1.2 Le dio en la sien izquierda y lo hirió gravemente; cayó del caballo al suelo, medio muerto. Enseguida Benjamín subió corriendo a una roca y le dijo al conductor del carro de Asenat: «Dame piedras del barranco». Él le dio cincuenta piedras. Benjamín las lanzó y mató a los cincuenta hombres que estaban con el hijo del faraón; todas las piedras se les hundieron en las sienes.

2 Entonces los hijos de Lea —Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón — persiguieron a los hombres que habían tendido una emboscada contra Asenat. Cayeron sobre ellos por sorpresa y los mataron a todos. Los seis hombres mataron a dos mil setenta y seis. Los hijos de Bilha y Zilpa huyeron de ellos y dijeron: «Hemos perecido a manos de nuestros hermanos. El hijo del faraón también ha muerto a manos del joven Benjamín, y todos los que estaban con él perecieron a manos del muchacho Benjamín. Así que vamos a matar a Asenat y a Benjamín y a huir al matorral de estos juncos». Se lanzaron contra Asenat con las espadas desenvainadas y cubiertas de sangre.

3 Cuando Asenat los vio, tuvo mucho miedo y dijo: «Señor Dios, que me diste la vida y me libraste de los ídolos y de la corrupción de la muerte, tal como me dijiste que mi alma vivirá para siempre, líbrame ahora también de estos malvados». El Señor Dios oyó la voz de Asenat, y enseguida las espadas de sus adversarios cayeron de sus manos al suelo y se convirtieron en cenizas.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 28

✦

1 Y los hijos de Bilha y Zilpa, al ver el extraño milagro que había ocurrido, tuvieron miedo y dijeron: «El Señor lucha por Asenat»

2 «». Entonces cayeron rostro en tierra, se inclinaron ante Asenat y dijeron: «Ten piedad de nosotros, tus siervos, pues tú eres nuestra señora y reina. Hicimos maldades contra ti y contra nuestro hermano José, pero el Señor nos pagó según nuestras obras. Por eso te rogamos, nosotros tus siervos: ten piedad de nosotros, humildes y miserables, y líbranos de las manos de nuestros hermanos, pues querrán vengar la ofensa que te hicimos y tienen sus espadas contra nosotros. Así que sé bondadosa con tus siervos, señora, delante de ellos».

3 Asenat les dijo: «Tengan ánimo y no teman a sus hermanos, pues ellos mismos son hombres que adoran a Dios y temen al Señor. Vayan al matorral de estos juncos hasta que yo los apacigüe por ustedes y calme su ira por los grandes delitos que ustedes se atrevieron a cometer contra ellos. Que el Señor vea y juzgue entre ustedes y yo».

3.2 Entonces Dan y Gad huyeron al matorral de los juncos, y sus hermanos, los hijos de Lea, corrieron hacia ellos a toda prisa, como ciervos. Asenat bajó del carro, que le servía de refugio, y les tendió la mano derecha con lágrimas. Ellos cayeron al suelo y se inclinaron ante ella, llorando a gritos; y seguían pidiendo que mataran a sus hermanos, los hijos de las siervas.

4 Asenat les dijo: «Les ruego que perdonen a sus hermanos y no les paguen mal por mal. El Señor me salvó de ellos y les arrebató de las manos sus dagas y espadas. ¡Miren! Se derritieron y quedaron reducidas a cenizas en el suelo, como cera ante el fuego. Esto nos basta: el Señor lucha por nosotros contra ellos. Así que perdonen a sus hermanos, pues son hermanos de ustedes y llevan la sangre de su padre Israel».

4.2 Simeón le dijo: «¿Por qué nuestra señora habla bien de sus enemigos? Al contrario, los despedazaremos con nuestras espadas, porque hoy tramaron el mal contra nuestro hermano José, nuestro padre Israel y contra ti, nuestra señora».

5 Entonces Asenat extendió la mano derecha, tocó la barba de Simeón y lo besó con ternura. Le dijo: «De ninguna manera, hermano, le pagues mal por mal a tu prójimo, pues el Señor vengará esta ofensa. Ellos son tus hermanos, como bien sabes, y descendientes de tu padre Israel; huyeron lejos de ustedes. Así que perdónalos».

5.2 Luego Leví se acercó a ella y besó con ternura su mano derecha, pues sabía que ella quería salvar a aquellos hombres de la ira de sus hermanos para que no los mataran. Ellos estaban cerca, en el matorral de juncos. Leví, que lo sabía, no se lo dijo a sus hermanos, porque temía que, en su ira, mataran a sus hermanos.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 29

✦

1 El hijo del faraón se levantó del suelo, se sentó y escupió sangre por la boca, pues la sangre le corría desde la sien hasta la boca. Benjamín corrió hacia él, tomó su espada y la sacó de la vaina del hijo del faraón (pues Benjamín no llevaba espada en el muslo), y quiso herirlo en el pecho.

1.2 Entonces Leví corrió hacia él, lo tomó de la mano y le dijo: «De ninguna manera, hermano, hagas eso, pues somos hombres que adoramos a Dios. No corresponde que quien adora a Dios pague mal por mal, pisotee a quien ha caído ni aplaste por completo a su enemigo hasta matarlo. Ahora vuelve a poner la espada en su lugar, ven a ayudarme y curemos esta herida. Si vive, será nuestro amigo, y su padre, el faraón, será como nuestro padre».

2 Entonces Leví levantó del suelo al hijo del faraón, le limpió la sangre de la cara, le vendó la herida, lo montó en su caballo y lo llevó ante su padre, el faraón. Le contó todo lo que había ocurrido y lo que les había sucedido. El faraón se levantó de su trono, se inclinó ante Leví hasta el suelo y lo bendijo.

2.2 Cuando pasaron tres días, el hijo del faraón murió a causa de la piedra con que Benjamín lo había herido. El faraón lloró desconsoladamente por su hijo primogénito; de tanto dolor enfermó y murió a los 109 años. Dejó su corona al bellísimo José. José reinó solo en Egipto durante 48 años.

2.3 Después de esto, José devolvió la corona al hijo menor del faraón, que aún mamaba cuando murió el anciano faraón.

3 Desde entonces, José fue como un padre para el hijo menor del faraón en Egipto hasta su muerte, glorificando y alabando a Dios.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0